



## SEGUNDO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO\*

### “Maestro, ¿dónde vives? Vengan y lo verán” “Hemos encontrado al Mesías”

*Luis Fernando Crespo*

No dejen de leer los Textos bíblicos antes del Comentario

**Lecturas:** 1Samuel 3,3b-10.19; 1Corintios 6,13c-15a.17-20;

El llamado en el año litúrgico “tiempo ordinario” comenzó el día de la semana que ocurre después de la fiesta del Bautismo del Señor. De esta manera la secuencia de los domingos del “tiempo ordinario” comienza con el “segundo”. Además, siendo el evangelio de Marcos tan escueto respecto a la etapa inicial de Jesús, la liturgia lo completa invitándonos hoy a leer algunos episodios iniciales narrados en el evangelio de Juan. El relato elegido para este domingo se abre recordando el papel importante de Juan Bautista en los primeros pasos de Jesús. Le coloca en el primer plano como protagonista y encamina a sus propios discípulos como primeros seguidores del nuevo Maestro. Más tarde, cuando unos judíos hagan notar al Bautista la actividad preponderante de Jesús, responderá ratificando el sentido de su propia misión: “es preciso que él crezca y que yo disminuya” (Jn. 3,30).

Al ver pasar a Jesús, Juan lo presenta a dos de sus discípulos como “el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo”, expresión que nosotros repetimos para identificar al Señor en nuestras eucaristías antes de la comunión. La expresión “cordero de Dios” apunta sin duda a una doble referencia bíblica: al cuarto canto del servidor sufriente en Isaías 53: “herido por nuestras rebeldías...como un cordero al degüello era llevado”, y también al “cordero pascual” (Ex.12,1-28), símbolo y memoria de la liberación de Israel. Con esa expresión Juan parece querer anticipar, o al menos insinuar, tanto el destino final de Jesús, su muerte violenta, como su significado salvífico por los pecados de la humanidad. En la secuencia de los domingos del año iremos descubriendo, guiados por el evangelio de Marcos, los diversos momentos de la vida y enseñanza de Jesús; pero desde el comienzo se nos presenta el enfoque pascual y salvífico de su vida y muerte.

---

\* Ciclo B

Como en los sinópticos, en el evangelio de Juan el camino de Jesús se inicia con la convocación de discípulos que le sigan. Se repiten algunos nombres, pero las situaciones y procesos son distintos. En el relato, que hoy leemos, se subraya que los dos personajes, Andrés y el otro discípulo que se mantiene en el anonimato, eran ya seguidores del Bautista, atraídos por su predicación. Pero, al oír lo que el mismo Juan les dice sobre Jesús, se despierta en ellos un deseo inicial de conocerlo y seguirlo. En ese proceso se establece un diálogo personal con Jesús: “¿Qué buscan? - ¿Dónde vives? - Vengan y vean - Fueron y se quedaron”. Un diálogo, más que de palabras -de qué hablaron toda la tarde, no lo sabemos-, de experiencias de encuentro, descubrimiento y decisión. El auténtico seguimiento de Jesús se basa en una experiencia de encuentro en profundidad y de fascinación por su persona. “Se quedaron con él aquel día” bien puede entenderse como “todo aquel día” o “desde aquel día”. En cualquier caso, no debió tratarse de un encuentro al paso, sino de un sosegado intercambio de ideas, proyectos y sentimientos, que provocó en ellos todo un proceso interior de cambio de opciones y de vida. Ya no regresarían donde Juan, se quedaban definitivamente con Jesús.

Uno se pregunta si nuestros programas de iniciación a la fe adolecen precisamente de una temprana insistencia en la doctrina y los preceptos morales, antes de haber propiciado experiencias de acercamiento, descubrimiento y relación personal con Jesús, su estilo de vida y su propuesta del Reino de Dios. Es más, no se trata sólo de replantear los inicios de una vida cristiana, sino de reconocer un componente permanente de una fe personal, consciente y libre. He ahí un apunte importante para la catequesis de iniciación a la vida cristiana, sea en la parroquia o en la vida familiar, primera escuela de catequesis.

La experiencia vivida aquella tarde –“eran más o menos las cuatro de la tarde”, recuerdan- por Andrés y su compañero debió ser tan intensa y deslumbrante que no se podía callar. Al primero que encuentran, a Simón, el hermano de Andrés, sin preámbulo alguno, le espetaron: “Hemos encontrado al Mesías. Y lo llevé a Jesús”. Evangelizar, dar cuenta del evangelio, surge de una necesidad imperiosa de comunicar y compartir una experiencia que ha sido capaz de conmocionar nuestra vida. De nuevo hemos de preguntarnos por qué la evangelización la vemos más como una tarea impuesta o como una función en la Iglesia, que como una necesidad que nace espontánea de la experiencia gozosa de nuestro encuentro personal con Cristo.

El texto evangélico leído comenzaba diciendo que Juan, el Bautista, “fijándose en Jesús que pasaba”. A lo largo de los domingos del año Jesús volverá a pasar ante nosotros, invitándonos a que nos “fijemos” en él, no sólo para ir conociendo una serie de episodios o anécdotas de su vida, sino para establecer una relación personal, quedarnos con él, configurar nuestra vida con la suya y, movidos por la alegría de ese encuentro, salir a anunciarle dando cuenta del sentido nuevo de la vida que hemos descubierto en su persona y en su mensaje. El cristianismo, antes que aceptación de un sistema doctrinal y de cumplimiento de unos ritos, significa adhesión a una persona, Jesús de Nazaret, a su proyecto y estilo de vida. Él lo planteó en términos de “seguimiento”, que puede responder, como en el caso de los dos discípulos -Andrés y

su compañero- a una inquietud y búsqueda inicial, pero que fundamentalmente corresponde a una respuesta al descubrimiento de una invitación a comprometer la vida, darle sentido, en referencia a Jesús y a su causa.

La lectura de este relato debería invitarnos a una sosegada meditación, escuchando la pregunta de Jesús -pregunta fundamental-: “¿Qué buscas en tu vida?” y respondiéndole con un “¿dónde vives?” que viene a significar: ¿quién eres y qué me propones? ¿dónde y cómo te puedo encontrar? Y acoger su “ven y verás” para un largo coloquio que nos ayude a conocerlo mejor, afianzar una relación de amistad y seguimiento. La vida no es un anodino dejar pasar el tiempo; es camino, es búsqueda, es pregunta, es inquietud. A ese nivel personal corresponde la pregunta de Jesús. Andrés y su compañero aciertan al dar también a su réplica un sentido personal: no buscan algo, buscan a alguien, al Jesús que tienen delante. “Hemos encontrado al Mesías”.

La respuesta a este diálogo, precisamente porque de manera libre compromete la vida, generalmente conlleva un proceso de descubrimiento y de generosa y progresiva disponibilidad. Lo muestra bien el relato de la vocación del niño Samuel en la primera lectura: Dice el texto que “en aquel tiempo era rara la palabra de Yahvé” y Samuel necesitó en su descubrimiento la guía del anciano Elí. Hoy nos suenan y solicitan muchas voces, líderes y propuestas, y no resulta fácil descubrir entre ellas la vitalidad de la palabra de Jesús y de su Evangelio. La comunidad cristiana, con su testimonio y su palabra, está llamada a desempeñar en nuestra sociedad un papel como el de Elí. Pero necesita ella misma -¡nosotros!- afianzar su experiencia de descubrimiento, encuentro y adhesión a Jesús y al evangelio. La acogida del niño Samuel nos sugiere una actitud de disponibilidad confiada: “Habla, Señor, que tu siervo escucha”, tan cercana a la de María de Nazaret: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc.1,38).

En este tiempo difícil que vivimos, de inseguridad, de decepción, de agotamiento, de mutuos celos y desconfianzas, de búsquedas individualistas, ¿cómo experimentar y anunciar: “Hemos encontrado al Mesías”? ¿Dónde encontrarlo, “¿dónde vives”? Él, más tarde nos dejó una respuesta contundente: en el prójimo en necesidad “hambriento, enfermo, encarcelado, migrante...”. No hay manera de decir que hemos encontrado al Mesías sin una práctica como la de Jesús. Es en el seguimiento” donde descubrimos progresivamente quién es Jesús.

La lectura de Pablo hace una aplicación ética de una mirada teológica sobre la persona y el cuerpo: “son miembros de Cristo”. Por eso condena el comportamiento de quienes se aprovechan de la necesidad y profanan el cuerpo y la dignidad personal de quienes tienen que sufrir la condición humillante de prostituirse.

Acojamos con prontitud y alegría, como los dos discípulos, la invitación de Jesús: “Vengan y vean”. Y quedémonos con él. No tengamos temor de decir, de manera sencilla como el apóstol Andrés: “Hemos encontrado al Mesías”. Nuestra sociedad convulsa y violenta necesita esa buena noticia. En nosotros recae la tarea de encontrar la voz y el testimonio que traduzcan bien lo que hizo Andrés: “Y lo llevó donde Jesús”.